

El discurso de Benavente en la etapa intersecular

Guadalupe GÓMEZ-FERRER MORANT

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El objeto de estas reflexiones es buscar un acercamiento al horizonte sociocultural de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX a través del discurso de Jacinto Benavente. El dramaturgo vive la crisis finisecular, participa de las inquietudes del 98 y da cabida en su obra a una serie de cuestiones que son tema de preocupación para los intelectuales, tales como darwinismo social, casticismo y europización, oligarquía, caciquismo, estrechez de la vida provinciana, difícil acceso a la ciudadanía, encarnación social del cristianismo, regeneración, familia... El presente artículo hace referencia a ello, si bien se centra muy especialmente en un tema relativo a la vida privada: el matrimonio.

PALABRAS CLAVE

Historia sociocultural, matrimonio, fin de siglo, Benavente

ABSTRACT

The aim of these reflections is to look for an approach to the end of XIXth century and beginning of XXth sociocultural horizon through the speech by Jacinto Benavente. The playwright lives the fin-de-siècle crisis, he participates into the 98 worries and leaves space, in his work, for a number of questions that are of a big concern for the intellectuals, such as social darwinism, «casticism» and Europeanization, oligarchy, despotism, tightness of provincial life, hard access to citizenship, social embodiment of christianity, regeneration, family... Although the present study makes reference to all this, it is particularly centred on a topic related to private life: marriage.

KEY WORDS

Sociocultural History, marriage, fin-de-siècle, Benavente

SUMARIO La obra de Benavente. Los discursos de Benavente. El discurso sobre el matrimonio.

El objeto de estas reflexiones es buscar un acercamiento a la sociedad española de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX a través del discurso de Jacinto Benavente. Un discurso que es fácil seguir a través de su teatro. Me propongo dar cuenta de la existencia de ciertos temas, de determinadas actitudes, de unas formas de vida y de un conjunto de reacciones encarnadas en los personajes que aparecen en los mundos de ficción; actitudes y reacciones que son la expresión de la percepción que tiene Benavente de su propio mundo. Se trata de la percepción de un dramaturgo, de un intelectual en el más amplio sentido del término¹, que muestra especial interés y sensibilidad ante una serie de cuestiones que impregnan su horizonte vital; cuestiones, por lo demás, que pone en pie desde sus propios prejuicios, es decir, desde sus propias circunstancias personales. Desde esta perspectiva, conviene tener presente que Jacinto Benavente escribe para un determinado público de clases acomodadas, cuyo aplauso busca sobre la base de una cierta complicidad. Vamos a abordar, pues, un tema de historia sociocultural.

Para Chartier acercarse a la historia de la cultura supone una forma de aproximarse a la sociedad, ya que para este autor existe una estrecha relación entre historia social e historia cultural, siendo la «representación» la vía de acercamiento; la «representación» por medio de la cual las personas y los grupos dotan de sentido al mundo. Por este camino se deja de lado la primacía de lo social para dar importancia a lo mental, y se transita desde la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social². Es sabido que hasta fechas bien recientes ha existido un debate abierto entre los historiadores que privilegian el estudio de lo social a través de los hechos y de las experiencias de la vida vivida y aquellos otros que, como hacía Duby, se inclinan por la lectura de los textos que refieren las experiencias y los sentimientos de las gentes de una época. La cuestión que en la actualidad se viene planteando entre los historiadores es el cuestionamiento del enfoque sociológico que ha venido primando en los estudios de historia, influidos por las ciencias sociales, en favor de una orientación más cultural que se ampararía en las disciplinas del lenguaje. En sus numerosos escritos Chartier ha respondido a la crítica de los historiadores que, habituados a una determinada práctica de la historia social que privilegia el estudio de la vida vivida, tienen dificultades para comprender los objetos de estudio que son propios de la historia cultural. Ésta, dicen, al estar abocada al estudio de los discursos y las representaciones, descuida la historia concreta y real de los procesos, de los conflictos y de los comportamientos sociales concretos, y por ello se acusa de idealismo a los historiadores que «abandonan el

¹ SERRANO, C.: «El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos», en SERRANO, C. (ed.): *El nacimiento de los intelectuales en España*, en *Ayer*, n.º 40, Madrid, Marcial Pons, 2000.

² CHARTIER, R.: *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 53-56.

mundo real por el mundo ficticio de las representaciones». Para algunos historiadores esta crítica evidencia, sin embargo, una pobre idea de lo real; Chartier, por ejemplo, se interroga por qué es correcto pensar que son menos reales «las representaciones que fundan las percepciones, los juicios, que gobiernan las maneras de decir y hacer» que «los procesos, los comportamientos o los conflictos concretos a los que se refieren los historiadores como realidad»³.

Obviamente no es ocasión de adentrarse en estas cuestiones, pero sí de establecer unas mínimas referencias que den cuenta del título de este artículo que hace unos años hubiera podido llamarse: la sociedad en la obra de Benavente, y que ahora he preferido también abordar desde otra perspectiva.

La obra de Benavente

He seleccionado un autor que, por su encuadre biográfico (1866 -1954)⁴ —más o menos vinculado cultural y temporalmente con la generación del 98⁵—, por su conocimiento de la sociedad y por su manera de componer, constituye, a mi juicio, una fuente de inestimable valor para el conocimiento del clima sociocultural de la etapa intersecular⁶.

Es cierto que el teatro tiene sus propias leyes, pero no es menos cierto que mantiene también una estrecha relación con la realidad, ya que en toda obra dramática aparecen proyectados una serie de temas que el autor presenta de acuerdo con su propia sensibilidad y circunstancia, aunque también teniendo presente la del público al que se dirige.

En la actualidad, el estudio de los textos como el de otros modos de expresión y en este caso concreto, el del teatro de Benavente proporciona una serie de pistas acerca de

³ CHARTIER, R.: *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación* (ed. de I. Morant), Valencia, Cátedra Cañada Blanch de Pensamiento Contemporáneo, 1998, p. 125.

⁴ Para conocer algunas precisiones sobre su biografía. véase, ONÍS, F.: *Jacinto Benavente. Estudio literario*, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1923, espec. pp. 11-18. También, MONTERO ALONSO, J.: *Jacinto Benavente. Su vida y su obra*, Madrid, 1967.

⁵ Se ha señalado que Benavente queda «más cerca de Benito Pérez Galdós que de sus compañeros de la generación del 98» ya que «se halla dentro de una tradición decimonónica en la que está toda la obra de Galdós». Vid. RODRÍGUEZ MÉNDEZ, J. M.: *Un autor para una sociedad*, en *Revista de Occidente*, n.º 41, Madrid, 1966, pp. 226.

⁶ El teatro de Benavente marca una ruptura con la alta comedia, propia de la época y con los mismos dramas de Echegaray que gozaban de tanto prestigio; el teatro benaventiano se caracteriza por «el deseo y la necesidad de liberarse de los moldes tradicionales y crear su propio arte de acuerdo con los tiempos nuevos»; de hecho aspira a la naturalidad en lo que se refiere a la forma, y a la complejidad y riqueza de matices en cuanto al fondo. «Por eso, escribe Onís —sus primeras comedias entroncan no con el drama de Echegaray, contra el cual reaccionan, sino con la comedia social que en distintas formas evoluciona desde Moratín hasta Galdós». Vid. ONÍS, F.: *Jacinto Benavente, Estudio literario*, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1923, pp. 17 y 18. Vid también MONTERO ALONSO, J.: *op. cit.*, espec. pp. 145 y ss.

«la forma en que los seres humanos se apropian del universo social que condiciona sus vidas y la manera en que constantemente lo transforman»⁷.

A finales del siglo XIX un conjunto de cuestiones, propias de aquel horizonte socio-cultural preocupan a los intelectuales. Muchas de ellas aparecen en la obra de Benavente y son objeto de su personal interpretación. Para entenderlas adecuadamente, es necesario el recuerdo a las condiciones en que se gesta y aparece su obra, lo que nos obliga a tener presente unas referencias históricas que iluminen el discurso de Benavente y favorezcan su interpretación. Resulta obvio que no se puede entender su producción: los temas que selecciona o las soluciones que elige, sin conocer previamente el ambiente en que se gesta, dada la estrecha relación que la literatura mantiene con la realidad. Pero además, hay que tener en cuenta que los textos y discursos están condicionados por los prejuicios, circunstancias y preferencias del autor, sobredeterminado como el mismo historiador, por los diferentes medios sociales a que pertenece: «la época, la nacionalidad, el sexo, etc.»⁸.

En presencia de la extensa obra de Benavente se ofrecen distintas opciones. Entre otras, se pueden señalar qué temas escoge Benavente, qué temas omite, cuales introduce en un determinado momento y que razones le inducen a ello; se puede también tratar de aprehender el clima sociomoral de la época, a través de los intereses que mueven a los personajes, de la manera que tienen de articular su vida cotidiana o, de las distintas formas que tienen de relacionarse entre sí.

Don Jacinto vive la crisis finisecular y participa de las inquietudes del 98⁹; pero nunca profundiza ni se enfrenta abiertamente con estos problemas, si bien hay un conjunto de temas que aparecen en su obra y son objeto de su personal interpretación, estos es, de su particular discurso. Darwinismo social, casticismo y europeización, oligarquía y caciquismo, estrechez de la vida provinciana, difícil acceso a la ciudadanía, encarnación social del cristianismo, regeneración, vida cotidiana de las clases acomodadas¹⁰. Entre todos ellos, Benavente se centra muy especialmente en el tema de la familia, y más concretamente en el del matrimonio, que sin duda constituye un fenómeno clave

⁷ RUIZ TORRES, P.: «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollo y límites», en CRUZ ROMEO, C. y SAZ, I. (eds.): *El siglo XX: Historiografía e historia*, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 69-70.

⁸ NOIRIEL, G.: «Historia: por una reflexión pragmática», en CRUZ ROMEO, C. y SAZ, I.: (eds.): *op. cit.*, p. 27.

⁹ Rodríguez Méndez afirma que Benavente, enemigo de cualquier revolución, tiene una idea anglosajona de la sociedad: «sociedad en evolución lenta a la que no conmoverán los acontecimientos político-sociales». Vid. RODRÍGUEZ MÉNDEZ, J. M.: *Un autor para una sociedad*, *op. cit.* pp. 224.

¹⁰ Benavente presenta en su obra un retablo de determinados grupos sociales, y ofrece una realidad que no puede ser halagadora. El autor pone a su público frente a la realidad de la época y le muestra que «el teatro moderno ha de ser como la vida misma» y con este fin le presenta «asuntos corrientes del diario vivir en diálogo natural y auténtico» Vid. ORTIZ GRIFFIN, J.: *Drama y sociedad en la obra de Benavente (1894-1914)*, Madrid, Anaya-Las Américas, 1974, p. 163.

de aquélla. Se trata de un tema relativo a la vida privada, elegido tal vez en función del público al que se dirige; un público perteneciente a los sectores acomodados, muy interesado en un momento de cambio, en que las mujeres continúen desempeñando el mismo papel que habían tenido hasta entonces en el seno de la institución conyugal¹¹.

Es sabido que la fuente literaria no sirve para conocer acontecimientos, cifras o hechos concretos de la realidad, pero si es fundamental para entender la encarnación social de unas ideas, de unas creencias, de unas actitudes, de unos sentimientos, de unas formas de vida... Por ello, el teatro de Benavente, el discurso de Benavente es de gran valor para lograr una aproximación al conocimiento de los ambientes y las atmósferas en las que, en la etapa intersecular, se vivía el caciquismo, el difícil acceso a la ciudadanía, la cuestión de la europeización, las relaciones sociales en el ámbito de la vida cotidiana, sobre todo para conocer cómo percibía el dramaturgo estas cuestiones y como quería difundirlas¹². Dada la ocasión, es decir las limitaciones que el espacio que disponemos conlleva, nos reduciremos a hacer una breve referencia, —casi telegráfica— a una serie de temas significativos que Benavente ofrece en su obra. Por razones obvias, no nos detendremos en esta ocasión en las soluciones que para ellos ofrece; soluciones que resultan muy expresivas de la percepción que tiene el autor de la realidad española intersecular. Nos permitiremos, sin embargo, una reflexión algo más detenida sobre uno de ellos, el del matrimonio.

Los discursos de Benavente

Las manifestaciones de darwinismo social y político propias de este período, que subyacen a las corrientes de pensamiento y a las relaciones internacionales de la época: años de Imperialismo y de redistribución colonial, aparecen en su teatro. Baste recordar *La comida de las fieras* (1898), obra que en la óptica Onís, supone un certero análisis «del cinismo y crueldad que hay en el fondo de la sociedad humana»¹³. Cinismo, hipocresía y crueldad —añadiríamos nosotros— que son los mismos que subyacen al Imperialismo y al proceso de redistribución colonial que se produce en los años ochenta y noventa¹⁴.

¹¹ Para Ortiz Griffin, el hecho de Benavente se sirva de personajes femeninos para encarnar la frivolidad de la sociedad, no significa que el autor creyera que este rasgo era exclusivo de las mujeres o que mantuviera animadversión hacia ellas. Antes bien, en algunas ocasiones, las convierte en heroínas, salvadoras de valores espirituales; Ortiz cita el caso de *La comida de fieras*, aunque sin detenerse a explicitarlo.

¹² Todos los estudios relativos a la obra de Benavente coinciden en afirmar sus indudables dotes de observación. «Nunca quizá había sido concebido el teatro como “espejo de costumbres” del modo tan absoluto como lo concibió Benavente», vid. RODRÍGUEZ MÉNDEZ, J. M.: *op. cit.*, p. 227.

¹³ ONÍS, F.: *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ JOVER ZAMORA, J. M.: 1898. *Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, 1979.

Dentro de la misma onda de darwinismo¹⁵ —y esta vez apuntando directamente a las relaciones internacionales— que justifica las actitudes de poder por la fuerza, dentro del contexto de naciones «vivas» y naciones «moribundas», expresado por Salisbury en 1898¹⁶, estaría *El dragón de fuego* (1904), que escenifica cómo una potencia europea intenta dominar el Nirvan, un reino asiático justificando su actitud con el pretexto de llevar a cabo una labor civilizadora; pretexto que, en realidad, es sólo una maniobra para obtener su caída. Tal vez no sea casualidad que también 1904 sea el año de la Entente franco-británica que venía a repartir el norte de África entre ingleses y franceses, y que en la década anterior hubiera tenido lugar «el ultimátum portugués», el encuentro de franceses e ingleses en Fashoda, el Convenio anglo-alemán de 1898 y la Paz de París tras el 98 español¹⁷.

El tema de la europeización y la cuestión del esencialismo español es abordado en *Lo cursi*¹⁸. Se trata de temas incidentales en su teatro, que no constituyen una cuestión fundamental de sus comedias; tal vez porque hubieran exigido un planteamiento muy radical del que el autor no era muy partidario, o porque no hubieran sido del agrado de un público que se contentaba con una interpretación fácil y un tanto frívola de los mismos¹⁹. Muy significativa en este sentido, resulta la discusión de dos personajes de *Lo cursi* que hacen una defensa de lo español y de lo castizo aunque Benavente la envuelva en una suave ironía con la que parece mostrar su distanciamiento. Recordemos el comentario de un personaje inglés que asiste a la romería de san Isidro, y tras conocer la vida y los milagros del santo: los ángeles que labran sus tierras mientras él queda en oración, exclama: «Oh, qué milagro tan español»²⁰; recordemos también la manera en que el marqués de Villa-Torres manifiesta con orgullo su españolidad: «Desengáñate: los principios higiénicos dan muy buen resultado a todo el mundo menos a los españoles, y en particular a los madrileños. Con nosotros no rigen los preceptos de ninguna clase, y somos fuertes burlándonos de la higiene; liberales burlándonos de la Constitución; católicos, no haciendo gran caso del Catecismo; y lo que es más extraordinario, hasta ricos, dando un mentís a todas las leyes económicas del mundo»²¹.

¹⁵ Chamberlain establece una estrecha relación entre la teoría racista y la tendencia reaccionara general propia del período imperialista. En el centro de su cosmovisión está la importancia decisiva concedida a la raza, de evidente filiación darwinista: «mi maestro es, en primer lugar [...] Charles Darwin», en CHAMBERLAIN, H. S.: *Werh und Gegenwerh*, Munich, 1912, p. 14. Apud, LUCKAS, G.: *El asalto a la razón*, Barcelona, Grijalbo, 1968, pp. 368 y ss.

¹⁶ Lord SALISBURY: «The Primrose League Speech by Lord Salisbury», en *The Times*, 5 de mayo de 1898, p. 17.

¹⁷ JOVER ZAMORA, J. M.: 1898... *op. cit.*.

¹⁸ BENAVENTE, J.: *Lo cursi*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1966, p. 77.

¹⁹ Rodríguez Méndez señala que Benavente retrató en su teatro con naturalidad unas determinadas capas sociales, y el público se le entregó por completo «a cambio de la exigencia concreta de recibir, mediante estipendio adecuado, una serie de lecciones moralizantes, por una parte, y unos "retratos al óleo" por otra». En consecuencia, Benavente «tendrá que actuar atendido a los imperativos de esa sociedad que paga convenientemente, que adula, pero que exige, y a la que no habrá que violentar nunca». Vid. RODRÍGUEZ MÉNDEZ, J. M.: *op. cit.*, p. 223.

²⁰ *Lo cursi*, *op. cit.* p. 78.

²¹ *Ibidem*, 76.

También la estrechez de la vida provinciana es objeto del interés de Benavente. El clima de Moraleda, —la Orbajosa de Galdós o el de la Vetusta de Clarín— dominado por el parecer de unos pocos, «la gente de orden» que intenta dictar las normas de lo que está bien o mal hecho, con el fin de imponer su valores a la mayoría, aparece planteado en *La Gobernadora*. Recordemos lo que dice un personaje: «¡Dale con todo el mundo! ¿Pero tu crees que todo el mundo es la docena de personas que nos rodean?»²². Benavente ofrece una imagen de la vida política provinciana, y ejerce una aguda crítica, a veces mediante la sátira y más frecuentemente, pasada su primera época —hasta comienzos del siglo XX— a través de un humor benevolente. El dramaturgo gran conocedor de la sociedad, la retrata «frívola y complacida en sus talentos» o hipócrita y un tanto corrupta en la manera de comportarse, pero, por eso mismo, por tener una clara conciencia de sus fallos, no se cree obligado como Galdós o Shaw a reformarla»²³. A ello se refirió Manuel Bueno en 1917, «El dramaturgo no se siente con bastante tonte-ría de espíritu para transformarse en apóstol»²⁴.

En los años noventa la farsa del sistema político de la Restauración, encuentra un amplio eco en la literatura²⁵, y tiene también una fuerte presencia en la obra de Benavente; recuérdese *La farándula* (1897), *La Gobernadora* (1901) y *El primo Román* (1902). En ellas don Jacinto expone el abuso y la falta de moralidad que se dan en la vida oficial española. En *La Gobernadora* resulta paradigmática la figura del cacique don Trino que «siempre ha servido para servicios que nada tienen que ver con la administración de la provincia» o la de don Baldomero «que paga la contribución que le parece y tiene hipoteca sobre media provincia, y pagarés firmados por la otra mitad»²⁶, y es significativa su insistencia en subrayar la idea de que en España siempre hay un medio de burlar la legalidad²⁷. En *El primo Román* se explica claramente el mecanismo de compra de votos en un proceso electoral, así como la falta de representatividad, de compromiso político y de ética por parte del candidato elegido. Estas obras contemporáneas de la obra de Costa²⁸, permiten acercarse a la manera en que se vivía cotidianamente en unos marcos locales la farsa del sufragio²⁹.

²² *La Gobernadora*, Obras completas, p. 745.

²³ ORTIZ GRIFFIN, J.: *op. cit.*, p. 139.

²⁴ BUENO, M.: *Un año de teatro*, Madrid, 1917, p. 131.

²⁵ Armando Palacio Valdés que insiste sobre este tema en diversas ocasiones. Recordemos *Riverita*, *Maximina*, *El cuarto poder* o *La hija de Natalia*.

²⁶ Vid. ORTIZ Y GRIFFIN, J.: *op. cit.*, p. 179.

²⁷ En *La Gobernadora* puede leerse: «Sociedad e tartufos que quieren hacernos creer que defienden ideas, cuando defienden intereses. Libertad, o religión, o patria!... Esas son las palabras grandes que les sirven de trinchera obarricada para defender su interés egoísta, una posición social, un sueldo, hasta un negocio de timba...». *Obras completas*, I, p. 765.

²⁸ COSTA, J.: *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, 1902.

²⁹ El análisis detenido de estos textos nos adentraría en los entresijos del sistema político. En este sentido podría ser útil recordar lo que dice Levi respecto al trabajo de microhistoriador: «hago pasar tantas moscas por

Otro tema que atrae la atención de Benavente es el de la ciudadanía. En España se había accedido formalmente a la democracia en 1890, pero de hecho, el hombre varón no se había convertido en ciudadano. Benavente toma nota de ello, y plantea la manipulación y la falta de respeto de que son objeto «los más pobres» por parte de «los poderosos», por el mero hecho de que éstos les prestan una ayuda y se encuentran social o económicamente por encima de ellos³⁰. El tema aparece en *La Gobernadora*, *El primo Román* y en *Los malhechores del bien* (1905).

En *La Gobernadora*, don Baldomero lo explicita sin ambages. «Todos no somos iguales, aunque usted crea lo contrario»³¹. Y en *Los malhechores del bien* la «libertad moral» se ve conculcada por aquéllos que con sus limosnas compran voluntades ajenas y exigen, a cambio, una adhesión absoluta y una renuncia a sus propias inclinaciones, lo cual pone de manifiesto el interés que subyace a la limosna³².

En fin y avanzando en la temática benaventiana, tal vez quepa preguntarse cuál puede ser la razón que lleva al dramaturgo a omitir en su obra una cuestión de tanta actualidad como era entonces el tema religioso. Es posible que la clave para entenderlo pueda encontrarse en la propia personalidad del autor. Parece ser que Benavente no era creyente³³, y que no tuvo —al menos no consta— una crisis religiosa como otros intelectuales del momento³⁴, lo que nos permite levantar la hipótesis de que el tema no era para él tan vivo como para otros escritores; además, su público, practicante o no, era oficialmente creyente, sobre todo en el caso de las mujeres de las familias que aplaudían su teatro. Por consiguiente, plantear este tema, hubiera podido acarrearle dificultades. En suma, tal vez se pueda concluir, señalando que, la omisión tal vez obedezca bien a que era una cuestión que no le inquietaba suficientemente, bien a que no se atrevía a ponerla en pie en función de las circunstancias concretas que acaban de apuntarse. De todas maneras, lo que sí aparece en su obra es la insinuación más o menos explícita de

debajo de la lente que acabo viendo algo impensable y difícil de ver en una observación menos intensa». LEVI, G., «El difícil arte de complicar las cosas» en *Métode*, Valencia, 1995, p. 30.

³⁰ JOVER ZAMORA, J. M.: *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid Espasa-Calpe (Austral), 1992.

³¹ Vid. *La Gobernadora*, op. cit., p. 739.

³² El hecho no debió ser insólito en la época, recordemos que es también objeto de crítica feroz por parte de Blasco Ibáñez en *La bodega* (1905).

³³ A ello se refiere explícitamente a raíz de la polvareda que levantó con *Los malhechores del mal*, comedia tachada de anticlerical y antireligiosa que dio lugar a que una parte del público abandonara la sala en la noche del estreno: «No soy hipócrita, me parece que he dicho bien claro que no soy creyente». Vid. VAN HORNE, J. (ed.): *Tres comedias de Jacinto Benavente*, Chicago, 1918, p. XXII.

³⁴ Es bien sabida la crisis espiritual que experimentan algunos escritores de la generación del 98. Vid. FOX, I.: *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1976. En cuanto a los novelistas de la generación del 68, yo misma he tenido ocasión de acercarme a ellos. Vid. GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: «Palacio Valdés en los años noventa: la quiebra del positivismo», en *Clarín y La Regenta en su tiempo* (Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1984, pp. 1.054-1.066) y PARDO BAZÁN, E. (ed. G. Gómez-Ferrer Morant): *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 1999.

la falta de coherencia que preside la vida de muchos católicos, encarnada en algunos de sus personajes; se trata de personas que asisten a la misa diariamente y, que mantienen, a pesar de ello, un comportamiento frívolo o insolidario. El primer caso lo insinúa en *Lo cursi*³⁵—, el segundo aparece en *Los malhechores del bien* que fue objeto de muchas críticas y tachada de ser «Una *Electra* con menos estridencias y menos ruido»³⁶.

El discurso sobre el matrimonio

El tema de la regeneración de España aparece también en la obra benaventina; don Jacinto no plantea este tema en el ámbito económico o político sino en el terreno moral, y en este ámbito, encomienda a la esposa esa tarea salvífica. Este planteamiento enlaza con una preocupación finisecular, la del papel que debía corresponder a las mujeres en la sociedad; preocupación surgida tal vez por influencia extranjera, pero sobre todo por el desarrollo económico y la evolución sociocultural del país.

El hecho de que Benavente trate frecuentemente este tema puede ser indicativo de que era una cuestión que estaba muy presente en el clima de la época³⁷. Debía interesar a ciertas mujeres que, en conexión con el desarrollo del individualismo, de la alfabetización y hasta de los ecos de las corrientes feministas que estaban surgiendo, sintieron un cierto desasosiego ante la situación jurídica y legal en la que vivía la mujer española. Recordemos la postura de Posada³⁸, la de Labra³⁹ o la de Pardo Bazán⁴⁰. Un desasosiego que se manifestará en la realidad de la vida española, en el afán de muchas mujeres por lograr una mejor educación⁴¹, un mayor derecho al trabajo⁴², y desde luego por el deseo de obtener un mayor prestigio y respetabilidad en el seno de una sociedad que se encontraba en vías de modernización⁴³. En fin, este desasosiego debió alcanzar sin duda, la esfera de la vida matrimonial, en la que existía un evidente desequilibrio entre

³⁵ *Op. cit.*, p. 120.

³⁶ SÁNCHEZ ESTEVAN, S.: *Jacinto Benavente, su obra y su teatro*, Barcelona, Ariel, 1954, pp. 102-103.

³⁷ A esta cuestión me he referido en disitntas ocasiones. Vid. GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: *Hombres y mujeres: el difícil camino hacia la igualdad*, Madrid, Universidad Complutense, 2002.

³⁸ POSADA, A.: *Feminismo*, ed. de O. Blanco, Madrid, Cátedra, 1994, espec. pp. 205 y ss.

³⁹ LABRA, R.M.: «La rehabilitación de la mujer», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1918.

⁴⁰ GÓMEZ-FERRER MORANT, G. (ed.): PARDO BAZÁN, E.: *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 1999.

⁴¹ Vid. PARDO BAZÁN, E.: «La educación del hombre y de la mujer, sus relaciones y deferencias», en *Nuevo teatro Crítico*, año II, n.º 22, octubre 1892, pp. 14-82. También CAPEL, R. M.: «La apertura del horizonte cultural femenino. Fernando de Castro y los Congresos pedagógicos del siglo XIX», en VV.AA.: *Mujer y sociedad*, 1700-1975, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, pp. 109-146.

⁴² Vid. SCANLON, G.: *La polémica feminista en la España Contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1976, espec. caps. 2 y 3. También NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983.

⁴³ Vid. NASH, M.: «Maternidad, maternología y reformas eugénicas en España, 1900-1939», en DUBY, G. y PERROT, M.: (dirs.): *Historia de las mujeres. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 1993, pp. 627 y ss.

los cónyuges en cuanto a sus derechos en el marco de la sociedad. Benavente consciente de este problema, lo aborda en varias obras; en esta ocasión nos centraremos en dos de ellas: *Lo cursi* y *Rosas de otoño*.

El discurso de este autor en torno a la vida conyugal —uno de los grandes temas de su teatro— permite una aproximación al horizonte mental de la época, a su vida privada, a las relaciones de género y a los arquetipos masculino y femenino vigentes, que el autor contribuye a difundir y a socializar a través de su teatro. El matrimonio no aparece en su obra como «una comunidad de trabajo y de placer», tal como recomendaba a las mujeres Pilar Sinués en 1859⁴⁴, sino como la unión que han realizado dos personas por diversos motivos: intereses económicos [...], afán de tener casa propia [...], deseo de independizarse de los padres [...], interés cubrir una etapa necesaria en la vida [...], etc., etc. Y es a partir de estos presupuestos, desde los que cabe preguntarse, qué tipo de sociedad se vislumbra a través de ese techo que es la familia.

En los matrimonios de las obras de Benavente existe una gran separación física y espiritual entre los cónyuges, y una completa falta de amistad y comunicación. Los esposos que un comparten apellido y una casa que es fundamentalmente un centro de vida social mantienen, sin embargo, un profundo divorcio en la relación interpersonal.

En *Lo cursi* aparece un matrimonio ganado por la moda extranjera que se ha introducido en España; una moda que viene a relevar a la esposa del tradicional papel de guardiana del hogar y le invita a llevar una vida más independiente y autónoma, semejante a la del varón en lo que respecta a la doble moral. A lo largo de la obra, la protagonista adopta este comportamiento insólito en la sociedad española, comportamiento que da lugar a una fuerte tensión matrimonial; el esposo, aunque alardea de ser liberal, se muestra, sin embargo, profundamente conservador en lo que respecta al comportamiento de su esposa; quiere ejercer un estricto control en cuanto se refiere a su vida cotidiana, y muestra especial interés en conocer sus entradas y salidas del hogar. La tensión conduce al replanteamiento del papel de las mujeres, que terminará con una decidida opción por lo tradicional, signficada por Flora⁴⁵, tía de la esposa, personaje que había sido considerado a lo largo de la obra como un tanto anticuado.

La presencia de este tema permite establecer una doble hipótesis: una, que esta alternativa era una realidad que estaba planteada en la sociedad española; y otra, que la

⁴⁴ SINUÉS, P.: *El ángel del hogar. Estudios morales acerca de la mujer*, Madrid, Imprenta española Nieto y Compañía, 1862, 3.ª ed., libro II, p. 256. Esta obra tuvo gran difusión no sólo en el siglo XIX sino también en el siglo XX.

⁴⁵ El nombre de Flora es posible que haga referencia a un modelo femenino difundido por la literatura normativa de aquellos años. Me refiero a la protagonista de dos obras, objeto de numerosas ediciones en los últimos lustros del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX: *Flora* (1882) y *Escenas de familia* (1892) de Pilar Pascual de San Juan.

clave del desenlace tradicional de Benavente reside en su postura personal —común a los varones de la época—, en el deseo de satisfacer a su público, muy conservador en las costumbres, y lo que es más probable, se debe a ambos factores: el personal y el social.

Otra reflexión sobre la vida conyugal aparece en *Rosas de otoño*; una reflexión que traduce, a mi juicio, el interés que este tema suscitaba en la vida real. En esta obra aparecen dos matrimonios pertenecientes a dos generaciones —padres e hijos— cuyas mujeres son víctimas del donjuanismo de sus maridos, lo cual es un factor más que ayuda a explicar la comunidad de intereses y complicidades en función del sexo: los hombres se disculpan entre sí, y las mujeres hablan de un «nosotras» femenino enfrentado a los comportamientos masculinos; un «nosotras», por supuesto, abierto al encubrimiento y a la complicidad.

En esta obra queda patente que, en el seno de la institución conyugal, las mujeres son víctimas de las aventuras extramatrimoniales del varón y experimentan profundos sentimientos de soledad y abandono; ahora bien, el decoro, la dignidad y el pudor en que han sido educadas, le obliga socialmente a disimular y silenciar su situación. Es indicativo, sin embargo, que María Antonia, la esposa joven experimente un atisbo de rebelión que parece inducirle a abandonar al marido y a tratar de organizar su propia vida. Sin embargo, de inmediato, comprende que esta posibilidad le está vedada, ya que la huida de la propia casa y el establecimiento en la casa paterna resultan imposibles porque son incompatibles con el mantenimiento de su buena reputación. Las mujeres tenían muchas limitaciones; una de ellas era precisamente ésta: si tras contraer matrimonio surgían graves problemas, la esposa no podía volver, por propia iniciativa a la casa paterna, ni poner una casa propia aunque la familia dispusiera de un buen nivel económico, ya que por una parte, el hecho de ser mujeres les impedía disponer libremente de estos bienes, y por otra, las convenciones sociales les impedían tener una casa independiente, so pena de que cayera sobre ellas una crítica feroz que las hubiera excluido de su círculo habitual. Por lo demás, tampoco es posible que reconstruya su vida con otro hombre ya que la educación recibida —tanto la social como la religiosa— ha hecho a las mujeres y muy especialmente a las de las clases medias, depositarias de unos «mores» que les impiden transgredirlos sin perder su propia respetabilidad ante la sociedad, esto es, sin quedar descalificadas socialmente. Buena muestra de estas limitaciones y de la subordinación personal y social en que se encontraban las mujeres es la conversación de María Antonia con Isabel, su madre, en la que da cuenta de la actitud de su marido: «Para él todo es evidente. Ya lo ves. Me devuelve a vosotros porque ahora es él el que me trae para que su honor no padezca... (Qué noble y delicado sentimiento ese del honor! Gracias a él, he conseguido en un momento lo que no conseguí por mis lágrimas, ni por mis celos, ni por mi corazón destrozado: volver aquí para olvidar, para no padecer. Por mi voluntad nunca me hubiera él dejado venir, nunca me hubierais

admitido vosotros; todos lo impediríais... Y ahora que no se trata de mi, que se trata de su honor... nadie se opone»⁴⁶.

Conversación que expresa claramente los distintos baremos y la diferente consideración de que son objeto los hombres y las mujeres así como las consecuencias que de ello se derivan en el orden de los sentimientos y de las actitudes personales y sociales. Bien claro lo expresa este mismo personaje poco después de la conversación que acaba de transcribirse: «Te aseguro que si la intención y el deseo de ser culpable son ya culpa, nadie más culpable que yo: porque con toda mi alma lo digo: (quisiera que nada me hubiera detenido; ni la virtud, ni la vergüenza, ni el ejemplo ni la memoria de mi madre, ni tu cariño y tu ejemplo, santo como el suyo!...(nada, nada!... Pero tu lo sabes; tú también has visto destrozado tu corazón y tu vida; tú que también por alguna vez, por santa que seas, habrás sentido deseos de vengar, vengar ofensas y humillaciones que no mereciste... tú lo sabes: cuando se nace honrada no es tan fácil dejar de serlo»⁴⁷.

El argumento me parece muy peligroso porque vendría a apoyar el tópico vigente de la inherente honorabilidad de ciertos grupos sociales, frente a otros menos situados socialmente, de una moral menos convencional pero no falta de ética⁴⁸.

El discurso de Benavente viene a dejar claro que las mujeres deben soportar con indiferencia las aventuras extraconyugales del marido, calificados como «pecadillos» y «ligerezas» por la misma protagonista de *Rosas de otoño*⁴⁹. Para las mujeres el único camino aceptado socialmente —que ellas también aceptan de buen grado— es aguardar el deterioro físico del varón, factor determinante que le hará volver a su legítima mujer. Escuchemos nuevamente a Isabel: «Me alegraría de que no pudieras gustar a ninguna mujer —dice Isabel a su marido Gonzalo—, de que se burlaran de ti cuando te atreviera a presumir; que pudiera yo por fin decir: (Gracias a Dios, es mío, sólo mío!»⁵⁰.

Resulta evidente que las «aventuras» de los personajes masculinos ya sean casados o solteros, son vistas de manera comprensiva e indulgente por la sociedad y por la propia esposa, y son considerados únicamente como expresión de unos rasgos viriles: vanidad, egoísmo orgullo, y en consecuencia ni deben ser objeto del desprestigio o la deshonra femenina, ni deben ser motivo de sus quejas. Los hombres —manifiesta un personaje femenino— no suelen poner amor en estas aventuras, fruto del capricho más o menos momentáneo; lo cual justifica que no tengan por qué socavar la relación conyugal. El hecho de que Benavente no castigue a los personajes varones que actúan de

⁴⁶ BENAVENTE, J.: *Rosas de otoño*, Obras completas, tomo II, Madrid, Aguilar, 1969, p. 588.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ PÉREZ LEDESMA, M.: «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros», en FOLGUERA, P. (comp.): *Otras visiones de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993, espec. pp. 54-64.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 589.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 522.

esta forma, sino que los haga objeto de comprensión y hasta de simpatía, si se arrepienten, es bien significativo. No son castigados, pues, sino que por el contrario merecen, y se justifica que reciban el amor de su esposa a la menor muestra de arrepentimiento. En este sentido, se subraya la importancia de que las mujeres no vayan al matrimonio guiadas por convenciones sociales como habían sido habitual en el siglo XIX —acuerdos familiares, afán dinero o de status— sino movidas por un amor profundo hacia el que va a ser su marido. La razón es bien clara, y aparece explicitada en *Por qué se ama* y en *El hombrecito*, donde se pone de manifiesto que sólo de esta manera podrá hacer frente con fortaleza a las dificultades y a las infidelidades que puede sufrir a lo largo de su matrimonio. Solo un amor hondo, constante y resignado que sabe esperar sin disminuir su amorosa atención por el marido, sea cual sea su comportamiento, se verá recompensado con la vuelta de éste al seno del hogar. Y este será su mayor y mejor premio, su definitivo triunfo como mujer: será entonces cuando la esposa, será reconocida por el marido y por la sociedad como la artífice y la regeneradora del hombre y de la familia.

La idea expuesta en estas obras por Benavente enlaza bien con lo que expresa toda la literatura normativa de la época que insiste en exaltar lo que se llama «misión de la mujer», subrayando el refrendo social que ésta obtiene si la cumple, un refrendo, por lo demás, que comporta un prestigio semejante al que recibe el varón por su profesión o sus títulos⁵¹.

Los parlamentos finales de *Rosas de otoño*, son desde mi punto de vista fundamentales para dar cuenta de la última clave que explica esta relación conyugal desigual y distorsionada, en la que el varón impone sus propias condiciones. Recordemos el diálogo entre Gonzalo e Isabel, padres de María Antonia: «Y dices que María Antonia hizo bien? No tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por ti; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre, como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo el cielo de nuestra vida [...]. —(Gonzalo! (Mi Gonzalo! Dices bien..., perdonar, siempre..., esperar siempre... Yo he sabido esperarte, y ahora siento que no esperé en vano [...]. Los amores alegres, los amores fáciles que solo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas las flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores fieles y santos que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las rosas de otoño; no son las flores del amor, son las flores del deber, cultivadas con lágrimas de resignación, con aromas del alma, de algo eterno.)No es verdad esposo mío? — (Mi esposa» De rodillas para adorarte! ⁵².

⁵¹ Vid. GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: *Hombres y mujeres: el difícil camino hacia la igualdad*, Madrid, Universidad Complutense, 2002.

⁵² *Rosas... op. cit.*, pp. 592-593

En *Rosas de otoño* prevalece también la solución tradicional, pero es evidente que se ofrece un nuevo horizonte que permite dar cuenta de la situación en que se encuentran muchas mujeres en el seno del matrimonio, e incluso se intenta comprender que éstas puedan vulnerar las normas vigentes. Comprensión que, a pesar de el autor solo plantea en el ámbito femenino⁵³, significa ya una cierta denuncia de la situación.

La claraboya familiar que ofrece esta pequeña cala en la obra de Benavente permite conocer lo que piensa Benavente de las actitudes y formas de vida de la sociedad finisecular. Señala en primer lugar, el clima de frivolidad en que se desarrolla la vida de estos grupos sociales, bien patente a través de las preocupaciones y esquema de valores que transparentan los diálogos de los personajes y su relación en las tertulias, reuniones, bailes, comidas y teatros. Y pone también de manifiesto la ausencia de inquietudes políticas, sociales o intelectuales; en cambio, el hecho de que las preocupaciones fundamentales de los personajes se centran en la indumentaria y el cumplimiento de unos códigos sociales, es muy revelador del clima moral de la época⁵⁴.

También es muy significativa la ausencia de valores éticos y religiosos en la obra de Benavente. En el aspecto religioso presenta una sociedad que podría parecer laica si no fuera porque ciertos indicios: el devocionario indicador de la práctica religiosa más o menos formal de algunos personajes, y los actos de caridad de otros, apuntan a la vigencia de una cultura religiosa en la que el autor apenas se adentra por los motivos indicados anteriormente.

En cuanto a la moral, resulta evidente que el centro de gravedad gravita en los aspectos sexuales —en torno al sexto mandamiento—, se pone de manifiesto la distinta percepción social de uno y otro sexo. A las mujeres se les exige un comportamiento intachable, si bien se abre una claraboya que permite entender que puedan vulnerar el código del honor vigente para no ser víctimas del comportamiento masculino. El solo hecho de que Benavente ofrezca este planteamiento induce a pensar, primero, que el tema era en aquel momento objeto de interés social; y segundo que cuestionaba la posibilidad de un cambio en las relaciones entre los hombres y las mujeres, aunque no se llegue a planteamientos tan radicales como los de Ibsen⁵⁵ o los de la propia Pardo

⁵³ Es muy significativo que solo Isabel comprenda a su hija y no su padre que se solidariza con el yerno. Vid. *Rosas... op. cit.*, p. 589.

⁵⁴ El ambiente recuerda muy de cerca aquella anécdota que cuenta Vinent y Hoyos acerca de una dama de la aristocracia que al enterarse de la derrota del 98, exclama: «¡Bah! Las exigencias de los americanos. Yo mientras me dejen Madrid y un pueblo para veranear...», HOYOS Y VINENT, A.: *El primer Estado*, Madrid, p. 92.

⁵⁵ Tanto en *Rosas de otoño* como en otras obras de este período, muy especialmente en *El hombrecito*, se insinúan comportamientos femeninos que podían haber tenido un desenlace semejante al de Nora en *Casa de muñecas*. Benavente, sin embargo, las reconduce a posturas tradicionales. Para ORTIZ GRIFFIN —*op. cit.*, pp. 175-176— se debe a que don Jacinto quería mostrar la completa corrupción de una sociedad que no permitía que un personaje tuviera fuerza suficiente para proclamar y llevar a cabo sus propias convicciones. Difiero de esta opinión, a mi juicio, Benavente, no debía creer que las mujeres debieran tener autonomía, y además se encontraba comprometido con un público que no admitiría otra solución.

Bazán⁵⁶. Recordemos que, frente a la postura del autor escandinavo para el que el conformismo de las mujeres les conduce a la desgracia, o el de doña Emilia que lo considera como un valor positivo que puede permitirles rescatar parte de su autonomía, Benavente justifica, valora y premia la resignación de las mujeres ante el comportamiento masculino, cualquiera que éste sea.

La aceptación social de este comportamiento permite adentrarse en unas relaciones sociales que expresan la vigencia de unos determinados arquetipos masculinos y femeninos, y permite acercarse también a los valores que subyacen a las relaciones entre hombres y mujeres. En el discurso de Benavente, el amor constituye, para las mujeres, el eje de su propia existencia, debe ser sólido, profundo, generoso, solícito, dispuesto al perdón y a la acogida, ya que las mujeres tienen una misión fundamental: ser las redentoras del varón y a través de él de la sociedad entera. Los personajes femeninos viven para el marido, desconocen formalmente sus amoríos extraconyugales, mantienen una postura digna y resignada, y no manifiestan celos o resentimiento porque ello supondría dar importancia a unos comportamientos masculinos que son simples aventuras pasajeras. Simples aventuras que no deben socavar la solidez de la unión. Tener otra actitud afectaría como se ha indicado, al decoro y a la dignidad de las mismas mujeres.

El amor masculino tiene otros componentes. Debe cumplir las normas sociales que le exigen el respeto formal a las convenciones, pero ello no les impide tener relaciones con otras mujeres, siempre que en los actos sociales, sea la esposa su compañera y representante. La relación con la esposa se basa en un amor más espiritual que físico que, salvo en el ámbito económico, no le reporta obligaciones en la vida cotidiana. No le reporta obligaciones pero sí le presta la seguridad de la acogida en cualquier momento. El varón podrá, en consecuencia, permitirse devaneos y caprichos, pero sólo debe tener un amor permanente, el de la esposa, un amor comparable —la comparación aparece explícita en varias ocasiones— con el amor y el cariño que le inspira una madre.

En fin, a diferencia de los rasgos que vienen a connotar la identidad femenina fundamentada generalmente en virtudes que tienen una trascendencia social: la de la regeneración de la sociedad a través de la familia; la identidad masculina, en cambio, tiene fuertes componentes de vanidad, egoísmo, frivolidad, donjuanismo... que no son incompatibles —Benavente cuida de ponerlo de manifiesto— con un afán de nobleza y de buenos sentimientos que necesitan, eso sí, el concurso del amor femenino para ser consolidados y purificados.

⁵⁶ Vid. sus novelas *Doña Milagros* o *Memorias de un solerón*. En realidad toda su obra, es un alegato en favor de la igualdad entre hombres y mujeres. Vid. *La mujer española y otros escritos*, op. cit.

En suma, una breve consideración final sobre las relaciones entre hombres y mujeres parece desprenderse del discurso de Benavente. Éstas merecen mayor consideración moral que aquéllos, sin embargo, en la vida diaria, debido a una serie de convenciones sociales, las mujeres tienen un marco muy limitado de actuación y están supeditadas al varón.